
Defensa de utopía

Julián Meza

“ – No se burle, señora. Para nosotros la risa es una blasfemia abominable.”

M. Leblanc, *La condesa de Cagliostro*. II, 34

Libros Tauro
www.LibrosTauro.com.ar

Índice

§ 1. Augures y poetas	Pág. 3
§ 2. Cándidos y Cándidos	Pág. 5
§ 3. La risa y la risa	Pág. 8
§ 4. Utopía y literatura	Pág. 10

1

Augures y poetas

La literatura no es ni aspira a ser la ciencia que prevé el porvenir o adivina el futuro. Tampoco es la heredera de los magos y profetas que podían leer en los signos de las cosas o en los números lo que ocurriría. Me parecen mucho más cercanas a la antigua cábala y a los augurios las llamadas ciencias sociales. ¿Por qué?

Porque son éstas las que han querido enseñarnos a creer, como posibilidad real, en un futuro orden del mundo, en la armonía del cuerpo social, en relaciones económicas equilibradas, en un devenir histórico sometido a leyes científicas inescrutables, contra las cuales los hombres no pueden rebelarse, en una supuesta eliminación de los conflictos (o de las luchas entre hermanos enemigos) que anuncian el fin del mundo de la necesidad y el advenimiento del reino de la libertad, y también porque han pretendido mostrarnos, con todas las certidumbres y verdades absolutas de las que son capaces, los rumbos, las rutas, los métodos infalibles que nos llevarían directamente a la armonía, al equilibrio, al porvenir radiante y a la libertad.

Es innegable, por supuesto, que las aspiraciones de los hombres a la libertad y a la felicidad son legítimas y nada impide el rechazo y aun el desprecio de las pretensiones absurdas de los científicos sociales que aseguran contar con los recursos precisos e incontestables para tener acceso a la plena beatitud del hombre en la tierra y, paradójicamente, sólo contribuyen al establecimiento y al reestablecimiento de nuevos y viejos infiernos: los encierros clásicos (psiquiátricos, hospitalarios, penitenciarios ...), las guerras religiosas, las guerras ideológicas, las liquidaciones de todo tipo, los campos de concentración y de exterminio, las sociedades disciplinarias, las sociedades bajo control y vigilancia, las sociedades de la mentira, el espionaje y la delación, la alienación burocrática, industrial y administrativa...

Al poeta y al novelista no les gusta, en cambio, prever el porvenir ni se sienten herederos de los magos que leían en los signos del cielo y de la tierra el futuro de los hombres.

Es cierto que, sin embargo, nunca han faltado los trovadores, los poetas, los novelistas, los seres cautivados por la imaginación dispuestos a hablarnos de mundos fantásticos --rosas o negros--, en donde los hombres pueden o podrían algún día pasearse por las avenidas de los dulces sueños o desplomarse dentro de los laberintos de las pesadillas.

Pero cuando estos seres hablan del porvenir lo hacen de una manera claramente distinta a como lo hacen los llamados científicos sociales.

En primer término, no hablan seriamente, o por lo menos no lo hacen con la arrogancia y la certidumbre que derrochan los científicos sociales... aunque su escritura se ocupe de cosas tan serias como el amor y el odio, la vigilia y el sueño, la noche y el día, el cielo y la tierra, el orgullo y la humildad, la risa y las lágrimas, la razón y la sinrazón y todos los sentimientos y las pasiones en torno a los cuales giran y dentro de las cuales se sumergen los hombres y las mujeres que tejen y destejen, zurcen e hilvanan su pasado y su porvenir, pero sobre todo su eterno presente.

Al acercarse a la razón, al sentimiento, a la pasión poetas y novelistas proceden de una manera totalmente ajena a la arrogancia y a la solemnidad propias de los científicos sociales. Al poeta y al novelista no les importan las leyes históricas y sociales (un eructo es un eructo y una risa es una risa por encima de las épocas históricas y de las condiciones sociales); tampoco les importa un porvenir hecho a la medida, en donde la felicidad y la abundancia arrojarían por la ventana las angustias, las necesidades, los conflictos, las luchas las injusticias, los errores y los pecados de nuestras sociedades y de las del pasado. ¿Pero en qué consiste esta otra manera de proceder de escritores y poetas?

Además de los recursos literarios, el novelista y el poeta cuentan con otros medios. De entre éstos destaca, por encima de todo, el humor. El humor, atraviesa la historia de la literatura de la canción de gesta a Milan Kundera y Vargas Llosa, y aunque siempre es humor nunca es el mismo, Cada vez es diferente porque se viste con trajes de colores distintos (a veces es negro, otras veces es chiste verde) y también porque, aun cuando sus temas aparentemente son los mismos (el amor, la guerra, la venganza), los aborda siempre de manera diferente. El amor es, así, extravagante, la guerra entretenida, la venganza edificante, Pero veamos un par de ejemplos ligados al sueño, a la utopía.

2

Cándidos y Cándidos

No podemos imaginar el humor contenido en el célebre *Cándido* de Voltaire como algo análogo al humor con el que nos topamos en el quizá, no muy célebre, pero no por esto inferior, *Cándido o un sueño siciliano* de Leonardo Sciascia escrito, por supuesto, como una especie de homenaje paradójico al *Cándido* de Voltaire.

Ciertamente, estos dos autores nos hablan de la ingenuidad de un Cándido que no parece hecho para vivir en su época: el ilustrado siglo XVIII, en el caso de Voltaire; el deslustrado siglo XX, es el caso de Sciascia. También nos hablan los dos de un hombre que no tiene la suficiente malicia, que carece de la astucia necesaria para hacerle frente al mundo en cada una de estas dos épocas. Pero la manera de abordar la inocencia de los personajes en sus relaciones con el mundo cambia sensiblemente de un autor al otro. Aunque existen analogías y semejanzas entre los mundos que corresponden a cada una de estas dos épocas, cada uno tiene lo suyo y cada quien lo vive a la manera como la quiere su autor.

En el *Cándido* de Voltaire prevalece el optimismo. El héroe, que parte en busca de un futuro perdido en el espacio (el mejor de los mundos posibles), jamás se da por vencido. La búsqueda de este Cándido se lleva a cabo dentro del universo exterior y lejano al que persigue, alentado por su amigo Panglos y por el amor a Cunegunda, que no son ni la ilustración ni el saber, sino el prejuicio y el oscurantismo o, en opinión de Voltaire, la estupidez humana. Y precisamente por esto Cándido jamás podrá alcanzar su meta. No se llega al mejor de los mundos posibles a caballo sobre prejuicios y oscurantismos, fábulas y leyendas (a horcajadas sobre el jamelgo del socialismo utópico, se dirá a partir del siglo XIX), sino en la locomotora de la ilustración (que arrastrará los vagones del socialismo científico, también a partir del siglo XIX), aun cuando la ilustración (y el socialismo científico) se tuvieran que imponer por la fuerza: con la presión del despotismo (y la puesta en marcha de algunos tanques y helicópteros). Pese a la candidez de Cándido, la razón triunfará, en el caso de Voltaire.

En el *Cándido* de Sciascia no se enseñorea la misma especie de optimismo, y el presente ocupa el lugar que en la novela de Voltaire le corresponde al futuro. Además, la búsqueda del presente no se lleva a cabo dentro de un universo exterior y lejano, sino en el interior de su personaje: en su buena voluntad, en su capacidad para amar, en sus relaciones transparentes con los otros. Con esta manera de proceder, Cándido nunca

obtiene, aparentemente, ningún beneficio. Pero sólo aparentemente porque si bien es cierto que nunca obtiene los beneficios que satisfacen a los demás, sí aprende, en cambio, algo que lo reconforta y jamás le quita las ganas de vivir: su conocimiento y su reconocimiento en y a través de los otros.

La ingenuidad del Cándido de Sciascia no es pues semejante a la del Cándido de Voltaire. El personaje de éste cree en un mundo mejor, futuro, lejano. El Cándido de Sciascia cree en él y en los otros, aquí y ahora.

En el primer caso Cándido nunca llegará a ese mundo mejor y sólo será la víctima de los demás. En el segundo caso nos separamos de Cándido cuando se encuentra, en el camino que lo conduce hacia él mismo, con la simplicidad del mundo, sin que por esto, ciertamente, deje de ser víctima de los demás.

El Cándido de Voltaire es cándido porque cree en el porvenir, sin contar con las armas de la Razón (Voltaire) o de la Ciencia (Marx). El Cándido de Sciascia es cándido porque cree en los hombres, aun cuando éstos se aprovechen de su ingenuidad; pero es cándido sobre todo porque es un hombre que cree en el hombre que cree en los hombres.

La diferencia entre estos dos Cándidos consiste en que el de Sciascia se halla más próximo a él mismo por su creencia en el hombre, mientras que el de Voltaire se aleja de él mismo en la medida en que su porvenir radiante también se aleja de él.

El Cándido de Sciascia es pues tan optimista como el Cándido de Voltaire, pero la diferencia entre estas dos especies de optimismo estriba en el hecho de que mientras Voltaire cree en la Razón, la Ilustración, el Progreso y el Saber, Sciascia confía en la poesía y en el amor, de donde vendrá precisamente el reconocimiento de Cándido por él mismo.

¿De dónde proceden las diferencias que hemos señalado? Proceden, ciertamente, de las diferencias de época --histórica, si se quiere--, pero no por razones de progreso, sino por los efectos de éste en la conciencia de los hombres.

En el siglo XVIII se vivía apenas en el umbral de la modernidad que hoy, pese a sus comodidades, nos oprime. Entonces se esbozaban apenas los inicios de un porvenir radiante que, gracias a la razón y al progreso, iba a liberarnos de la opresión y a hacernos felices.

En cambio, ahora que Sciascia ha escrito su homenaje al Cándido de ese Voltaire que no deja de hacernos reír con su porvenir radiante, los hombres se muestran cada vez menos dispuestos a reírse de un porvenir que es ya presente. El siglo XX ha vivido demasiadas pesadillas engendradas por los dulces sueños de la Razón como para seguir navegando en las aguas del optimismo. Por esto, sin duda, con mucha frecuencia el hombre de hoy se abandona al desencanto y al escepticismo. Pero cuando no es así, y aún mantiene encendida la pasión del optimismo, no lo hace a la manera del siglo XVIII. El optimismo de hoy es un optimismo moderado, que excluye la creencia en el porvenir radiante aún vivida como dogma de fe por los herederos de los discípulos de Panglos.

Como novelista, Voltaire no le quita a uno el sueño. Como ilustrado, lo convierte en pesadilla. Su fe ciega en la Razón hace escarnio de su propia obra.

Sciascia sueña. Sueña que sueña, y su sueño sólo es sueño. Por esto su despertar se lleva a cabo sin sobresaltos, con una simple confianza en el sueño.

No se trata en absoluto de afirmar que Voltaire le apuesta a la Razón contra los hombres. Al contrario, Voltaire aspira a las bodas de la razón con el hombre.

Tampoco se trata de descalificar la ironía y el humor negro que son, por otra parte, lo más placentero de la novela.

Burlarse de la ingenuidad en una novela no es ni pecado ni crueldad. Por ella misma la sátira de Voltaire es regocijante.

Pero también es válido ironizar sobre Voltaire cuando se revela como militante de la Razón, a la que concibe como el único recurso posible para escapar a la imbecilidad como vocación, entre otras cosas porque abrazar la causa del racionalismo no garantiza la inmunidad contra el virus de la estupidez, y sobre todo porque eludir el canto de la razón lógica y encerrarse en el mundo de lo imaginario no es irremisiblemente causa de imbecilidad.

Cándido no es cándido por imbécil, sino porque vive un mundo de sueños a los que, armado de razones, Voltaire también aspira.

A partir de las diferencias que he señalado intento algunas reflexiones.

3

La risa y la risa

Con una temible ironía, Voltaire se burla de la imbecilidad humana que iba a ser barrida del suelo del mundo por la Razón. Pero a su burla le responde un eco y el Cándido de Voltaire halla su réplica en el cándido Voltaire, dado que la ilustración no condujo directamente a un porvenir radiante, libre de Cándidos y Panglosos.

Con una sutil ironía, Sciascia se burla de las obstinadas creencias en una Razón que, en un mundo ya asolado por ella misma, sigue prometiendo un porvenir radiante en el que Cándido y Panglos irían de una prisión a otra.

Voltaire es la utopía. Sciascia es simplemente la risa.

Más allá de las diferencias visibles entre estos dos Cándidos y sus autores está la risa. Una risa que se eslabona con otras risas, más o menos finas, más o menos irónicas, más o menos crueles, más o menos sutiles, más o menos negras, más o menos risas.

En el linaje de la risa --divertida y terrible-- recordemos, simplemente a. título de ejemplo, la risa que provocan en Rabelais la bastardad y la suciedad de los hombres; la risa de los novelistas ingleses en el umbral del mundo victoriano; la enorme, gigantesca risa del siglo de oro español. Más cerca de nosotros en el tiempo están las frescas, temibles, lúcidas risas de Kapek, Hasek, Kundera, Philip Roth, Bioy Casares, Borges, etc., etc.

Pese a su fuerza, ninguna de estas risas resuena con tanto estrépito como el silencio glacial que Instauran algunas, antiutopías, entre las cuáles *La granja de los animales* y 1984 de Orwell, *Mundo feliz* de Huxley y *Erewhon* de Butler no son sino las más conocidas.

Aunque terribles, *La granja de los animales* y *Erewhon* se separan de las otras dos por el humor y se inscriben, de esta manera, en el linaje de la risa.

Ya en el linaje de la risa, *La granja de los animales* y *Erewhon* hallan su puente con las otras risas en el sutil humor negro de Kafka, que es quizá uno de los primeros forjadores de antiutopías.

Como la utopía, la antiutopía abandona con frecuencia el espacio abierto de la risa y se encierra en ella misma. A menudo, se congela en su propia ironía. Esto ocurre cuando la solemnidad o la vocación apocalíptica le toman la delantera a la risa. No es así en el caso de Kafka, aun cuando su risa no sea atronadora. Tampoco es así en *La granja de los animales* ni en *Erewhon*. Tememos que esto sucede, en cambio, en 1984 y *Mundo*

feliz. Pero aun carentes de humor, al igual que el *Cándido* de Voltaire, 1984 y *Mundo feliz* son sólo literatura muy mala en el caso de 1984.

Voltaire creía en la Razón y escribió una novela en la que se mofa alegremente de la estupidez humana. Afortunadamente, su *Cándido* no es una guía para la acción ni llega a ser doctrinario.

Orwell y Huxley ya no creen en la Razón y escriben novelas en las que la estupidez humana se ha entronizado. Desafortunadamente, sus antiutopías palidecen ante la realidad del presente. Esto también hace de ellas pesadillas, pero no figura de auténticos infiernos. Una vez más se trata de literatura. Y de aquí que, como en el caso de Voltaire, no puedan ser enjuiciadas desde ningún otro punto de vista que no sea el estrictamente literario ni, menos aún, desde el punto de vista de las ciencias sociales.

4

Utopía y literatura

No hay utopías reaccionarias ni progresistas. La utopía es sencillamente la respuesta creativa de lo imaginario a una carencia presente, la respuesta ficticia a necesidades que los hombres, al no poder satisfacerlas en el presente, tal vez por impotencia, las posponen, las remiten a mundos ideales posteriores.

Estas creaciones del espíritu ancladas en lo imaginario existen desde siempre. No datan apenas del siglo XVIII o del XIX. No son un aporte de la feudalidad europea. Se remontan al momento en el que el hombre primitivo creía ya haber cazado un bisonte por el solo hecho de haberlo dibujado en las paredes de una gruta. Desde el principio, el hombre ha soñado, ha imaginado.

Como el sueño, la utopía es del dominio de lo imaginario, y así como es imposible impedir la existencia de los sueños, es imposible (e indeseable) impedir la existencia de la utopía. Sin embargo, se ha querido borrar esta creación del espíritu cuando ha sido enjuiciada en nombre de verdades racionales y científicas. Así ha ocurrido a partir del siglo XIX, a partir del momento en que la ciencia del progreso y del porvenir radiante decretó que la utopía era reaccionaria. A partir de entonces se creyó lícito abofetear, pisotear, maldecir el presente en nombre de un porvenir predecible y luminoso, desde diferentes puntos de vista de la razón y la ciencia doctrinarias. Y he aquí que, de acuerdo con esos puntos de vista, ese porvenir ya fue construido, pero, desgraciadamente, no es radiante, sino triste, lamentable y ha desembocado aun en el horror.

No fueron las utopías, por lo tanto, las que prefiguraron y menos aún hicieron posible el futuro ya presente. Contra ellas, el delirio doctrinario instauró el horror. Además, cuando ese porvenir apenas iba camino a volverse presente la utopía literaria se vengó convirtiéndose en antiutopía. Así vista, la antiutopía no se ha construido como reacción contra la utopía, sino como respuesta a la ciencia y a la razón que arremetieron contra la creatividad y lo, imaginario. Y algo terrible se produjo como consecuencia con esta respuesta: la antiutopía ha sido más certera que la ciencia y la razón, y a tal punto que la antiutopía es a la pesadilla lo mismo que la utopía es al sueño. Es inútil ceer, entonces, que por ella misma la utopía es forjadora de monstruos, y peor aún creer que la respuesta a la utopía es la antiutopía.

La utopía es tan necesaria para el hombre como el sueño. Pero es algo totalmente diferente querer imponer por la fuerza a los demás hombres la propia utopía. Cuando se procede así se desemboca en 1984, en el Mundo Feliz.

1984 --¡qué lejos estamos ya de entonces y qué rápidamente nos metemos cada vez más a fondo en su laberinto!-- no es realmente terrible como premonición... ya retrospectiva. Lo terrible de este libro, en 1948, era relativo porque sus horrores ya habían sido experimentados por millones de hombres y mujeres, porque en gran medida, para entonces, ya no era una antiutopía. Lo terrible de esta novela era que, en su tiempo, se trataba de una demostración certificada por la realidad. 1984 es la comprobación auténtica de un sinnúmero de hechos que ya se produjeron y que, peor aún, se siguen produciendo, bajo diferentes máscaras.

Sería muy difícil anular las semejanzas entre el bigote del Big Brother y el bigote de Stalin, Hitler y sus interminables herederos. Sería inútil querer rebelarse contra la idea de que Goldestein es Trotsky. Las desapariciones nocturnas, el hecho de borrar de un plumazo la vida de los hombres, los pioneros y los espías del futuro luminoso, las purgas, la neolengua y muchos otros hechos que desfilan a lo largo de la novela de Orwell son hechos que ya ocurrieron y que no han dejado de repetirse.

No obstante su final, esta novela de Orwell no es apocalíptica. En Winston sigue vivo el fuego de lo imaginario, el sueño de una utopía inconclusa e inconcebible. Y se trata, quizá, de un imaginario más próximo al de Sciascia (el amor, el sueño, la amistad, la poesía) que al de Voltaire (el mejor de los mundos posibles).

A veces, es cierto, la utopía, convertida en antiutopía, es perversa. Tal vez porque lo imaginario es con frecuencia perverso. Pero no podemos aspirar a suprimir la utopía y lo imaginario sólo porque se trata de una perversión. Buñuel siempre creyó que los sueños perversos de Sade eran en todo preferibles al, menor intento de ponerlos en práctica. Hubiera sido más bello imaginar una bomba atómica que fabricarla. Ojalá la homogeneización burocrática y social sólo hubiera sido, en efecto, una utopía, y no el monstruo frío que nos congela.
